

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se sirven al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 35.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA FE

Por más que me duela confesarlo, va á menos, muy á menos.

Aparentemente resulta lo contrario, mas ¡ay! ahondando un poco, se ve que apenas queda un pequeño resquicio en algún corazón que otro.

Para exhibirse gratis en las fiestas religiosas, se encuentran católicos á montones. ¡Es tan de buen tono ir á la iglesia, y concurre á ella tanta chica guapa!...

Fuera de eso, nada tan difícil como tropezar con un español dispuesto á sacrificar ni un céntimo por la fe, á no ser que tenga la seguridad de que ha de producirle por lo menos un duro. Y no en letra de cambio pagadera en el paraíso, sino en abonaré legal y corriente en este valle de lágrimas.

Sugíereme tan amargas reflexiones la lectura de un antiguo *Novenario*, impreso con licencia en Barcelona, donde encuentro estas edificantes líneas.

«Día 1.º A una doncella que tenía muy arriesgada su pureza, alargó el santo (San Antonio) desde su imagen una cédula firmada con su nombre, dirigida á un mercader para que le diese en dote lo que pesase el papel: pesó cuatrocientos pesos, y con ellos se colocó en matrimonio.»

¡Con razón os echo de menos, tiempos benditos en que la firma de un santo cualquiera se cotizaba en la bolsa de la fe á precio tan alto, y bajo tan deleznable garantía como un trozo de papel, acaso endeble como el de fumar!

Si hoy se presentara una joven (aun cuando por gollería fuese doncella) con un documento de esa especie al mercader, banquero ó ultramarino más católico, apostólico y romano, ¡pobrecita de ella!

No digo yo firmado por San Antonio, firmado por el propio San Pedro y signado con las llaves de la Iglesia, no había de librarse de ser increpada, ni tal vez de honrar la prevención primero y la cárcel después, acusada del delito de conato de estafa.

Por lo tanto, aconsejo á las jóvenes, más ó menos doncellas, que cuando piensen contraer matrimonio y carezcan de bienes de fortuna, procuren hacerse con unos billetes del Banco de España, aun cuando procedan de un hereje, protervo y vitando, pues solo así lograrán ver de par en par las puertas de la vicaría.

Pero ¡por Dios! que no acudan á ningún santo en demanda de protección, porque se expondrán á permanecer solteras de por vida, é irán á dar después con sus delicados miembros á la cárcel, lugar donde dijo Cervantes que todo mal tiene su asiento, sin duda porque suele haber presbíteros en casi todas.

JOSÉ NAKENS.

FIESTA PIADOSA

El día de la Asunción se celebró la romería místico carunda al santuario de Guadalupe, organizada por el círculo de obreros católicos de San Sebastián.

Sabiendo del pie que cojean estos obreros, las herramientas que usan cuando se les presenta ocasión, y la facilidad con que establecen su taller al aire libre y entre las matas, es sencillo adivinar á lo que iban.

Como hace ya varios años que no dan un golpe.... á un liberal indefenso, aprovechan cualquier coyuntura para echarse al monte en peregrinación, ya que no pueda ser otra cosa de mayor cuantía. Estos paseos bélico-piadosos les son casi indispensables, porque cambian impresiones, se recuentan, evocan recuerdos del feliz pasado y forjan halagüeños cálculos para el porvenir.

Después de estas consideraciones preliminares, entremos en materia.

Desde el amanecer del día 30 empezaron á pulular por las calles de San Sebastián los romeros y romeras (cuidado, señores cajistas, con convertir la o en a).

Entre el sexo feo se veían algunas boinas encarnadas con borla negra, en el bello predominaban los trajes ligeritos, y uno y otro iban provistos de buenas meriendas, por lo que pudiera suceder. El día estaba despejado y el rubicundo Febo se había asomado á presenciar la zaragata.

Aunque la fe que los animaba era mucha, no era, sin embargo, tanta como la distancia que media entre San Sebastián y el santuario de Guadalupe; por esto, aun á trueque de transigir con la civilización por algunas horas, utilizaron el tren, invento maldito de Satanás, que además de echar llamas y humo como su inventor, lleva generalmente una cola tan larga como la suya.

Uno de los directores de la fiesta había dispuesto con muy buen acuerdo separar ambos sexos... ¡por si acaso! La carne de beata es débil, los neos, y sobre todo los curas, son atrevidos... Luego, como hay varios túneles en el camino... y, vamos, que fué una excelente medida de precaución. No en vano dice el himno *Ruja el infierno* en una de sus estrofas:

«Y gran pujanza,
sin par valor,
á los leales
la fe inspiró.»

y en caso de duda, lo más prudente es separar tan pujantes varones de tan *frágiles* hembras. El tren se detuvo en algunos pueblos fronterizos para recoger varios bultos católicos, que se adherían al jolgorio. En Oyarzun el nú-

mero de éstos fué considerable. A su cabeza marchaban tres curas y el ayuntamiento conduciendo una custodia, verdadero mamarracho artístico, dicho sea con respeto.

No tardaron mucho en llegar á Fuenterrabía, donde se formó regularmente la procesión. Contados á ojo de mal cubero, podrían ser como cuatro mil cabezas, sin contar las calabazas de los curas. Llevaban varios estandartes y pendones (éstos en gran número y de varias clases), y los previsores carundas de Rentería una camilla de campaña. Reminiscencias de antaño.

Los capuchinos, hermanos del célebre padre Ignacio, habían improvisado un arco de follaje á la entrada del convento con esta inscripción: ¡Viva la unidad católica! ¡Y lo otro!—hubieran añadido de buena gana;—pero no está la Magdalena para tafetanes, ni ellos para que les cierran la casa-cuartel.

Sin gran dificultad llegaron al santuario cerca de las diez, lo cual no hubieran podido hacer llevando como en otro tiempo los bagajes é impedimenta.

La subida había abierto el apetito á varios devotos, que echaron mano á las alforjas para tomar un bocadillo como aperitivo al succulento manjar de la divina palabra.

De este guiso se había encargado el P. Artola. Encaramado en una terraza del santuario, con la vozarrona que se usa para el campo, se enredó á predicar á más y mejor contra el liberalismo. A su lado había varios presbíteros, que se resguardaban de las caricias del sol con enormes paraguas, y estaban radiantes de júbilo viendo cómo su compañero se enzarzaba con los liberales y el sentido común. No hubo palmas, olés, y sombreros de teja, por un milagro de Dios.

Cuando el Artola se hartó de dar gritos y decir simplezas, desbandóse la brigada para «dar al reloj de su estómago la cuerda del necesario alimento», ya que desgraciadamente no se sacia con sermones, y le convencen un par de chuletas mejor que la más succulenta homilia.

Se agazaparon como pudieron por aquellos alrededores devotos y devotas revueltos como las alpargatas en la tienda, empezó la comida á ésta siguieron abundantes libaciones y no por cierto de agua de Lourdes, sino de peleón auténtico, que alegró á los romeros más de lo justo, y hubo piadosos retozos, cristianas risotadas, peregrinos de ambos sexos que se perdían por parejas, otros á quienes no se les encontraba, en fin, el delirio de fervor.

Faltaba aún el final de la fiesta. El P. Uranga tenía otro sermonecito preparado y la campana convocó á la grey diseminada por aquellas laderas al sermón de la tarde.

La oratoria del P. Uranga está juzgada con pocas palabras: hizo buena la de su compañero Artola.

Aún no había terminado su charla cuando el firmamento, que se había cubierto con denso velo para no ver las calaveradillas de los devotos, rasgó indignado sus nubes y los puso como una sopa.

La desbandada fué completa y vergonzosísima. La fuga de Oroquieta pudiera pasar por un modelo de orden comparada con ella.

Los porta-pondones y estandartes se echaron á nado por aquellos vericuetos con los bártulos al hombro, los curas que se habían ido sin paraguas capeaban el temporal con los manteos, las beatas enseñaban impudicamente las pantorrillas, y todo era desolación, espanto y concupiscencia.

Resumen de la expedición. A la ida, mucho entusiasmo; después de la comida, mucho calor (demasiado); los sermones estúpidos, pero carlistas hasta la médula; los cantares tan belicosos como el siguiente:

«Desde el cielo los santos nos miran
y mirando enardecen la lid;
si lucháis como bravos, nos dicen,
nuestros sois, hijos nuestros, venid:»

Conformes con el cantar, procuraremos los liberales facilitarles el pronto viaje al cielo en el instante mismo que traten de perturbarnos otra vez.

INCONSECUENCIA DE LAS INCONSECUENCIAS

Sucede en España un fenómeno por demás extraño. No hay quien no achaque el decaimiento de nuestro espíritu industrial á la desconfianza, invencible por lo común, que existe entre los españoles para asociarse, para concertarse, á fin de poder realizar con el trabajo ó con los capitales reunidos de muchos, todas aquellas empresas de grande importancia, todos aquellos negocios para los que no bastan los pequeños esfuerzos, ó los cortos recursos de un hombre ó de pocos hombres.

Es verdad, y lo reconocemos desde luego, que en España, por lo general, no han producido el mejor efecto las sociedades industriales y particularmente las anónimas, que tanto contribuyen en otros países á aumentar la riqueza pública. Es verdad que las gentes han recibido amarguísimos desengaños, por haber entregado sus capitales á especuladores sin honra ni conciencia, quienes halagando con mentidas promesas, con beneficios ilusorios al público, han conseguido sorprender á muchos incautos; pero sobre que, á nuestro juicio, se va demasiado lejos en esto, porque una parte de la ruina depende de los mismos perjudicados á causa de no haber ejercido toda la vigilancia, toda la fiscalización que tenían derecho á desplegar, hay otros casos, y por cierto bien numerosos, en que esos incautos se dejan desplumar lindamente por otras sociedades ó por otras personas, y, sin embargo, no sólo no se querellan del despojo, sino que hasta se quedan agradecidos.

Una sociedad anónima, una empresa industrial, pueden establecerse para la explotación de un determinado negocio, verosímil ó inverosímil, pero en el que, de todas suertes, sus organizadores necesitan hacer demostraciones, dar pruebas, garantías, seguridades para lo que ofrecen; en una palabra, cavilar bastante, entregarse á una actividad vertiginosa, devoradora, poner en juego sus facultades oratorias, y cuando traten deliberadamente de engañar, ser tan hábiles que logren persuadir al público de la verdad aparente de lo que le brindan.

Así y todo, en último resultado, se arriesgan (si bien esto no ha resultado siempre en España) á que los tribunales les echen mano, ó por lo menos á tener que habérselas con la opinión pública, que también es un tribunal, y con poder bastante en ocasiones para cumplir sus fallos.

Pero ahora digo yo: ¿Se ha parado mientes en la multitud de infelices que por temor, más ó menos justo, á ser estafados, huyen de negocios de positiva utilidad, aunque exclusivamente humanos, temporales, y, sin embargo, se dejan sacar hasta la cerilla de los oídos en tra-

tándose de negocios que no son temporales, que interesan á la otra vida? ¿Me río yo de doña Baldomera y de todas las Baldomeras del mundo!

Una estampita de las de á perro chico el pliego; un rosario que dicen traído de Jerusalén y que será de Monomotapa; una muela careada y todo, de San Ganelón, producen intereses más pingües, sin necesidad de capital ni de trabajo, que las famosas minas del Perú. Y aun para adquirir estos intereses con los susodichos cachivaches hay que dar algo de presente, algo que se pueda tocar en este miserable valle de lágrimas; pero ¿dónde me dejan ustedes esa infinidad de promesas para la otra vida, fantásticas hasta lo infinito, que no cuentan con más seguridades de cumplimiento que la honrada palabra de quien las hace, y que se hacen á cambio de magníficas y positivas donaciones, de cuantiosas y tangibles herencias?

Ha cabido la desamortización en cuanto á los bienes terrenales, con los que tan hermosamente se hallaban apañados sus antiguos y seráficos poseedores, pero en cuanto á los bienes de la otra vida ¿quién los desamortiza? ¿Esta si que es finca segura! Como que nadie ha venido á decirnos si es verdad que la finca existe, y, por consiguiente, si sobre ella se cumplen absolutamente las promesas que con tan valiosa garantía se hacen en la tierra. Aquí no hay recurso para que los revolucionarios pongan sus pecadoras manos en tales bienes, ni para que se pidan balances, ni se verifiquen asambleas de socios, ni se hagan interpelaciones agresivas, ni se dirijan votos de censura, ni tengan lugar concursos de acreedores, ni calificaciones de quiebra, ni jueces ni nada. Todo se hace en medio de la tranquilidad más beatífica. El temor es desconocido. No haya miedo de que se presenten á reclamar los engañados. Y, sin embargo, esta sociedad anónima ó andrómína sigue funcionando imperturbablemente y los incautos acudiendo.

Exclamemos, pues, ¡inconsecuencia de las inconsecuencias!

EXCURSION EPISCOPAL

Tres mil ciento veintiuna bofetadas confirmatorias ha repartido en Ubrique el obispo de Málaga. Me parece que en seis días que allí estuvo, ni pudo aprovechar más el tiempo, ni cundirle más la tarea.

Sólo se explica tan enorme demanda de mojicones teniendo en cuenta que hacía sesenta y tantos años que no aparecía por allí una mitra, y, naturalmente, había mucho ganado vacuno, digo, católico, sin resellar en la fe.

Cuando se presentó su ilustrísima con medio batallón de clérigos exóticos, los indígenas Rafael, Peluquín, y demás cuadrilla mística echaron los bofes para jalear á su amo; algunas beatas se entusiasmaron con detrimento de la policía urbana, y la música del pueblo recibió á los ilustres visitantes con la marcha real primero, y después con ese himno solemne y augusto conocido vulgarmente por la jota de los ratas, tocado sin intención, al parecer.

Lo más saliente de esa gira han sido los sermones de un barbián que el obispo llevaba en calidad de charlatán adjunto. No estoy seguro de si es su secretario, pero certifico que es un cura de pelo en pecho, muchas libras y sanos pulmones. En una de sus muchas embestidas al sentido común, escupió lo que sigue contra los librepensadores:

«Miserables insensatos que debéis la vida á nuestra santa madre la Iglesia (¿sí creará que todos somos hijos de cura?) ¿qué será de vosotros si rompéis los diques de la fe que impiden el desbordamiento de las malas pasiones?... ¿qué será?... Pero no, vuestras ideas no hallarían eco en ningún corazón. No, no creáis que esas locuras hijas de Satanás se abren camino. Vuestra impía obra se desmoronará, vuestros insensatos pensamientos pierden terreno y las sanas creencias van penetrando en todos los corazones. (La humanidad se lo debe todo á la Iglesia) y esa nunca dejará que sus hijos la desconozcan.»

Y luego, en tono trágico y con ronca voz, em-

pezó á dar gritos como un loco. «¡Oh impiedad! ¡Oh insensatez! ¡Oh blasfemia!»

Más de cuatro oyentes sospecharon si el ciudadano aquel se habría escapado de algún manicomio, ó si se le habría subido el almuerzo á la cabeza. No debía opinar lo mismo su mitrado señor, pues le oía con la boca hecha agua, y como diciendo: ¡Pero qué alhaja tenemos en casa!

Por fin al séptimo día descansaron, como Dios, de barbarizar el cura y de atizar soplamos su amo, y salieron con dirección desconocida.

Una caterva de devotos y devotas de todos pelos salió á despedirlos, y los chicos de la escuela entonaron la siguiente copla, original del cucaracha Peluquín:

«Señor obispo,
no se vaya usted,
que las niñas de Ubrique
lloran por usted.»

¿Qué tal la musa del sotanoide? ¡Parece mentira que bajo aquella peluca tan fané se esconda semejante chorro de inspiración poética!

No ha sido ese conato de copla la única desgracia que ha habido que lamentar con motivo de la visita pastoril; varias devotas se han ganado sus correspondientes palizas por perder en la casa de Dios el tiempo que necesitaban para arreglar la suya, entre otras, la mujer de un carbonero. Al volver éste con sus caballerías á casa, y hallarla cerrada, esperó el regreso de su consorte, y con la misma vara de arrear sus asnos, la propinó una felpa de obispo y muy señor suyo.

La apaleada se lo contó al inclito Peluquín, que, amigo de meterse en todo lo que no le importa, fué á reprender al carbonero, mas éste requirió la vara, y si no llega el curiano á tomar la puerta, lo pone como nuevo. Excusado es decir que aquella oficiosa intervención del cura valió á su defendida una segunda paliza.

Otra devota, llamada Elvira, también por idénticas razones, recibió de su conyuge tan ferroz tollina, que mientras viva se acordará de la visita episcopal.

Son los únicos frutos prácticos de la piadosa gira de su ilustrísima; pero en fin, algo sacan de esas cosas, aunque no sea mas que algún hueso de menos.

Y ahí me las den todas.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Para ignominia de las letras y deshonor de la patria, los curas de Cocentaina se han metido á hacer versos.

Allá va la prueba del último crimen que han perpetrado, con la circunstancia agravante de haber repartido profusamente el fruto de sus meollos:

Versos á la fiesta de la Divina Pastora.

A todos los concurrentes.

Es esta una fiesta pobre
y no deja de almar
á todos cuantos deseen
al cielo ir á gozar.

A los Terciarios y personas piadosas.

Mil y mil veces vendremos
á obsequiarle, gran reina,
y humildes te pediremos
nos concedas la gloria eterna.

A los que piensan ser grandes.

Hay muchos que piensan ser
muy sabios sin religión,
y la Virgen está diciendo
sin ella no hay perdón.

A los forasteros y á los del pueblo.

A todos los forasteros
y más que hay aquí,
sepan que han de seguir
el camino verdadero.

A los padres Capuchinos.

A los padres Capuchinos
miles de gracias daremos
por avernos enseñado
el camino verdadero.

A la Divina Pastora.

A la Divina Pastora
y á su hijo el buen Pastor,

le pedimos nos conceda el deseado perdón.

¿Han tenido ustedes paciencia para leer esa sarta de desatinos? Pues ahora díganme si en conciencia no merecen los autores del atentado ir á presidio por toda su vida y hasta ser condenados á perpetua abstinencia de ama, que es, á mi juicio, el justo castigo á su perversidad.

Cuando Paco Montes se encargó de la parroquia de Berrande, supo que la viuda mística de su antecesor había heredado de éste una regular fortuna para mantenerse ella y siete hijos nada menos que perdieron en el cura un verdadero padre.

Fuése á ella el Montes, y le dijo que si su amo había sido más ó menos descuidado para la iglesia; que ésta tenía dos mil duros de desperfectos, y que, como ella poseía el capital del párroco, tenía que pagarlos, ó de lo contrario, la llevaría á los tribunales.

Hubo sus más y sus menos entre el cura y la viuda, conviniendo por último que ésta le entregaría dieciséis mil reales, como lo hizo por temor á verse enfrente de los señores del margen.

Al recibir el dinero, del que acusó recibo ante notario, como alguien lo mirase así con cierta escama, exclamó:

—No crean ustedes que esto me lo voy á comer yo, ni mucho menos. Esto se aplicará á reparar la iglesia, que dentro de poco la encontrarán desconocida.

Y, en efecto, gastó unos cuantos duros en albañal y pintura de la que se usa para los carros, se lió con los altares y los santos, y los puso que no los conoce ni Cristo.

Será acaso la primera vez que un cura cumple en parte su palabra, y por esta razón le envió un aplauso desde estas modestas columnas.

En una casa del recodo del hospital de la Coruña, vive una pobre mujer gravemente enferma del pecho, y días pasados se le entró por las puertas una prójima que se declaró curandera espiritual y otras zarandajas.

Como todos los que se dan á la medicina por todo lo divino empiezan por *timar* á los enfermos, la tal no desmintió las buenas tradiciones, y empezó exigiendo dos reales, y después medio durete más, acabando por llevarse las mejores ropas de la paciente á pretexto de impregnarlas en no sé qué filtros, eficacísimos para destruir los hechizos causa de la enfermedad.

Lió el hato y se marchó, ofreciendo volver á los pocos días, y excusado es decir que no se la volvió á ver el pelo hasta que un jefe de la ronda, enterado del *timo*, la echó mano.

Entonces dijo que las prendas estafadas las tenía el cura de Monelos, y aunque después desmintió su aserto, siempre resulta que si esa prójima no es amiga íntima de un cura, merece serlo.

Ha llegado á Roma el jesuita José Gluvich, que fué martirizado en el Japón, perdiendo un miembro importantísimo de su personalidad, sin duda porque en su ignorancia creyeron los japoneses que siendo sacerdote podía prescindir de él.

Y no es esto lo más curioso de su historia, sino que al regresar á Europa, deseoso de conocer las intimidades del harem del sultán de Turquía y aprovechando la circunstancia de ser eunuco por obra y gracia de los susodichos y guasones japoneses, entró al servicio del serrallo, viviendo largo tiempo entre las mujeres del sultán, hasta que huyó disfrazado.

¿Qué aficiones estéticas más desarrolladas tiene el buen sacerdote! Y eso á pesar de la barrabasa de los japoneses, que si no, ni qué decir tiene lo que el hombre emprendería.

Una señora muy conocida como devota y como *pitimosa* en Valladolid, se fué á la iglesia de San Juan, donde estaban cantando las flores con una papalina de aguardiente que á Dios llamaba de tú, y tomó parte en el concierto á grito tendido, llamando la atención de un modo horrible. A varias señoras que la reconvinieron las puso de *impías* que no había por donde cogerlas.

En la misma iglesia y aquella noche misma, otra devota por el estilo intentó afanarle el reloj á un redactor de nuestro querido colega *La Revancha*.

Después de esto es cosa de preguntarse si las iglesias sirven para algo más que para despavilar monas ó dejar implume al primer inocente que por allí se presenta.

Por si una sabanilla de altar estaba más ó menos limpia, se liaron en el vestuario (vulgo *sacristía*) los presbíteros Arce y Chinchón, de Aranjuez, pro-

moviendo tan gran escándalo que se enteraron los fieles que estaban en la iglesia.

La culpa de todo la tiene el *sacris*, que es un marrazo de siete suelas. Sin ir más lejos, la rodilla con que dice que limpia, cualquiera diría que la usa para ensuciar ¡tal está ella de indecente! el frasco del vino de misear, tiene tanta roña, que es capaz de quitar la afición al *curda* mas empedernido.

Así me lo manifiesta una beata curiosa *para avis!* rogándome que lo haga público para ver si ese incurioso *sacris* escarmienta y se corrige.

Que lo dudo, porque el que es sucio lo es de por vida.

A uno de Ciudad-Real le contaron hace días un caso ocurrido, no recuerda dónde ni cuándo, pero que tiene gracia. El siguiente:

La hermana dispensera de un hospital estaba mandando pelar patatas á los mozos, cuando asomó por allí el *sacris*; y

—A mondar tú también, le dijo.

—¿Yo? Sí, ¿como no monde un cardo!

Y dió media vuelta para ir á contar á su amo el *sotana* la tarea que le querían imponer sin ser de su incumbencia.

El *páter*, que estimaba mucho á su subordinado por ser muy servicial para los recadillos *sui generis*, se presentó en la mondadera con una charrasca tamaño, y, encarándose con todos, gruñó:

—A ver, dónde están las patatas que le toca mondar al *sacristán*.

Pero con tales modos, que á todos los metió el resuello en el cuerpo.

Y con razón: apenas impone un cura macareno cuando tira del escarbadientes.

¿Qué tal y cómo te encuentras, novísimo cura de Gómez Narro? ¿Has recobrado tu habitual serenidad? ¿Se te ha pasado aquella *jindama* que te metió en el cuerpo tu ex *sacris* de Rubí?

¡Diablo de *rapaveles*! ¿Pues no se empeñaba en querer abrirte un ojal en el sagrado abdomen, como si dijéramos, en el bolsillo de las hostias?

Ahora que te supongo tranquilo, hazme el obsequio de averiguar quién pueda ser el padre de una criatura abandonada en la casilla del vigilante de la estación, y prohibida por el jefe de la misma.

¡Ah! Y de paso puedes aprovechar ese ejemplo para demostrar á tu ama la perversidad de algunas madres y exhortarla á que haga lo contrario, si el Señor se sirve darle algún hijo.

Que creo que sí se servirá, porque Dios recompensa siempre á las servidoras de sus servidores.

Un misionero francés, que andaba por la Australia catequizando conciencias, tenía un mono que dió en la gracia de imitar todos sus gestos y ademanes.

Un día que el buen padre estaba predicando, notó que todos los fieles se echaban á reír.

Y se decía: ¿de qué se reirán esos pedazos de... australianos? ¿Tendré monos en la cara ó tendré cara de mono?

Y era que el suyo se había encaramado en la barandilla del coro y desde allí le estaba remedando.

Al notarlo, se echó á reír como todos los oyentes, pensando sin duda que bien pueden imitar los monos á los curas, cuando éstos se pasan la vida imitando á los monos.

En ciertas costumbres que no pueden decirse.

¿Cómo cambian los tiempos! Ya no tiene humor el cura de Teberga para hacer dos malas planchas en el trapecio; ya ha roto las amistades con su ex consorte la somedana, antes robusta y frescachona, y hoy flaca, mustia, ojerosa y desdenada por el infiel.

Todo ha cambiado allí. Él desahoga su mal humor desde el púlpito, y ella ¿qué ha de hacer la infeliz sino ir á la *sacristía* á promoverle una bronca diaria?

¿Quién había de decir que tanto cariño mutuo, tantos obsequios de cura á ama y tantos mimos de ama á cura habían de terminar así!

No me lo explicaría si no recordase el refrán de «amor de cura poco dura».

El diminuto Félix Cadavieco subió el otro día al púlpito de la catedral de Ciudad Real, empezó á echar sapos y lagartijas (porque culebras no podían salir de ese feto de cura), y puso verdes á los periódicos *impíos*.

¿Que de barbaridades soltó! Parecía que estaba embriagado en su peroración, á juzgar por los gritos que pegaba, y el olor de santidad de que salían impregnados.

Imposible creían algunos que en hombre tan chi-

quitín pudiera haber tanto... talento, y es que los curas desmienten todas las leyes naturales.

Hasta la de que el continente debe ser mayor que el contenido.

Nuestro corresponsal en Medina del Campo lo es también de otros periódicos de distintos colores; como que por este medio se gana el pan.

Hace días tuvo la mala idea de ir á confesarse, y el cura de San José no le quiso desatar el zurrón de los pecados si no dejaba de vender los malos periódicos.

—Siempre—le contestó—que usted me indemnice de lo que pierdo al seguir su consejo, le complaceré.

No hay que decir cuál fué la réplica del cura: «que no estaba por gastarse un céntimo aun cuando fuese para apartar las almas del error.»

Este es como todos; mucho celo por la salvación de las almas cuando les vale algo, y cuando no, que se las lleve á todas el mismísimo demonio.

¿Qué suerte tiene Celedonio, el de Medina del Campo! Juventud regular, lámina, guita... nada le falta: ni aun visitas de buenas mozas como yo las quisiera para mi santificación.

Sobre todo dos hermanas... aquellas que fueron á Burgos al consabido negocio, no le dejan á sol ni á sombra.

¿Y tendrá labia y coba el amigo, que á una de ellas, viuda, la ha convencido para que ceda á la iglesia un terreno contiguo á la de Santiago, por el cual se gastó el difunto mucho dinero en pleitos con la gente negra?

¡Pobre señor! Si levantara la cabeza y viese quién maneja lo que fué de su propiedad, se volvería á morir de fijo.

Muchas veces han dicho los curas de San Miguel de Medina del Campo, que El Morín y sus lectores están excomulgados, y ¡asómbrense ustedes! el 29 del pasado Mayo andaban deseando leerle, pero con tantas ganas, que enviaron nada menos que á Valladolid al *sacris* para que se agenciase un *Suplemento* al número 20 en que se aludía á sus simpáticas personas.

De modo que han incurrido en las mismas excomuniones que yo, y lo siento. Son tan malos compañeros de viaje los curas, que ni aun al infierno se puede ir con ellos.

Gracias á que allí mandaré yo en jefe, y les pondré las peras á cuarto.

Se parece á él, pero no era Manolo, párroco del Sagrario de Sevilla, aquel clérigo regordete y ordinario que estuvo hace poco en los baños de Archena.

Hago esta aclaración para que no se le culpe sin motivo de haber intimado con una bañista, llamada Emilia, haber jugado con ella al tute en los pasillos, y otros excesos que se permitió aquel desdichado sacerdote.

Seguro estoy de que el citado párroco me ha de agradecer muchísimo esta vindicación de su fama; pues nada tiene que ver que él también frecuenta aquel balneario para que se le atribuyan hechos de que es incapaz.

Piadosamente pensando, por supuesto.

Bien pudiera haber sido sargento de gastadores carlistas el cura de Gómez Narro, y, sin embargo, no gastarse hoy inútilmente una peseta. ¿Qué digo gastar? Si es la economía *dequisé* de sotana.

Tiene una caballería, y para economizarse el pienso (el de ella), la suelta en el cementerio y se da el animalito unos hartazgos de hierbas fúnebres que la ponen tan gorda como su señor.

Se habrá echado la cuenta de que ya que él vive de los muertos, también debe hacerlo su rocín, y se dirá:

De aquello que vive el cura, viva su cabalgadura.

Pregunta que me hacen:

¿Sabe usted si es cierto que en un convento de Ciudad Real se prohíbe á una monja desde hace dos años toda comunicación con su madre, y si es por oponerse á que alguien la conduzca por el camino de la salvación?

—Ignoro si es cierta esa incomunicación; mas si lo fuese, y por esa causa, bien empleado la estaría, por haberse metido en la boca del lobo.

Tal es mi opinión, salvo mejor parecer de mi amigo Esteban, competentísimo en disciplina monjil y régimen interior de los conventos.

Y si no, que lo digan las madres dominicas.

Dos jóvenes de Alicante pretendieron visitar un departamento de la iglesia de San Juan, y al efecto pidieron permiso al sacristán.

Se le antojó á éste que eran profesores de la escuela laica, y con los mejores modos de un sacristán, es decir, los peores del mundo, los echó á la calle.

Mal hizo el *chupacirios*. En la iglesia puede entrar todo el mundo, porque todos, aunque á la fuerza, pagamos el culto.

Pero hicieron peor esos jóvenes, porque, aunque se pueda, no se debe entrar.

No se contentaron unos ladrones que entraron en la iglesia del Oyón (Guipúzcoa) con llevarse varias alhajas, sino que *apandaron* también dos reliquias auténticas de Santa Lucía y San Blas, un copón con su hostia, y hasta una *paz* de plata.

Es hasta donde puede llegar el latrocinio de ciertas gentes: probar la paz!

¿Qué extraño es que de este y otros robos resulte después la guerra?

No son tan tacaños como parece los capuchinos de Fuenterrabía; hasta dan chocolate gratis á los romeros que los visitan.

Chocolate ó café con leche, y á precios tan módicos ¿puede pedirse mayor generosidad á frailes?

Es verdad que aunque no cobran, reciben limosnas de los aficionados á su chocolatería.

Y de este modo recaudan más de lo que valen los desayunos y además el testimonio de la gratitud de los convidados.

Y á mayor abundamiento no pagan contribución como chocolateros, que es de lo que se trata.

Siempre tan cacos, digo, tan cucos, los que viven de la tontería universal.

Dios, ó sea un individuo de este apodo, ha comparecido en juicio oral ante la Audiencia de Calatayud.

Se le acusaba de haber asesinado á una joven de quince años, arguyendo el *Dios* en su defensa que la había matado por equivocación y en la oscuridad, tomándola por su madre, que le había contagiado de un cáncer.

Como no es muy poderosa la razón que alega, es de esperar que le condenen; y aquí sí que vendrá de perlas aquello de que «ni *Dios* se escapa de ir á presidio.»

La señora del alcalde de Gómez Narro tenía antes la inocente costumbre de aquellos pueblos de poner en el suelo de la iglesia velas como ofrendas á los santos; pero desde que el *parrocán* airado le derribó una de una coz, ha tomado la prudente resolución de no volver por la iglesia.

Mi enhorabuena á esa familia. Apenas son cuartos y disgustos los que se van á ahorrar.

Un individuo de Valladolid tiene la desgracia de poseer una finca lindante con otra de una comunidad religiosa.

Días atrás se le ocurrió medir su propiedad, y ¡oh asombro! notó que había disminuido tanto como aumentado la de sus vecinos.

En seguida se explicó el *milagro*, y después de la oportuna reclamación á los autores de él y el reconocimiento pericial, ha resuelto llevar á los tribunales á la bendita comunidad, que sabe hacer de una cuarta una vara.

Todo ello sin ofender á Dios, pero procurando estafar al prójimo.

Se presentaban muy bien las vides en Olite, van unos frailes, se meten á redentores, apañan una procesión para pedir á Dios que las preservase del mildew, y seguidamente cayó una espantosa tempestad de piedra que no dejó racimo sano.

Por este año ya el mal no tiene remedio; pero en lo sucesivo, lo que deben hacer los viticultores es proveerse de estacas y romperle un lomo al primer fraileco que se eche á la calle por este tiempo.

De lo contrario, cosecha perdida.

—Por aquí no pasan más hostias—dijo el vicario de Juana Díaz (Puerto Rico); y ciñéndose un pañuelo al pescuezo y apretando de firme, puso fin á sus días.

Este y otros casos explican lo que á diario dice la prensa nea:

«El abandono de las creencias y el escepticismo religioso son causa de los frecuentes suicidios que todos los días deploramos.»

Porque es de advertir que ningún cura cree lo que

predica, así como ningún charlatán toma las drogas que expende.

Salustiano, el de Villacañas, no pierde ocasión de demostrar la fuerza de sus puños.

Días atrás estuvo arreglando los canalones de su casa un hojalatero, y, como es tan rumboso como flamenco, cuando el obrero terminó su trabajo le convidó á merendar; y habiéndole dado una cuchara algo rota, el pobre hombre se quedó mirándola como lamentando el deterioro.

Creyendo Salustiano que estaba haciendo burla, va y le coge de una mano por el brazo y con la otra por la entrepierna, y lo levanta á toda la altura de sus brazos, mientras le preguntaba:

—¿Cuánto tiempo quieres que te tenga así?

Cuando lo dejó en el suelo, el otro se puso á *guipear* por donde podría escaparse, y al primer descuido de nuestro Hércules de sotana tomó el olivo sin esperarse á cobrar.

Hay que confesar, en honor de Salustiano, que se apresuró á enviarle el importe de su trabajo. Por que la verdad, no es de malos instintos: no es mas que esa afición que tiene á exhibir sus fuerzas.

Cosa que lo mismo podría hacer unciéndose á una carreta, sin necesidad de dar á nadie sustos como el que le dió á ese operario.

Varios católicos de Papantla (Méjico) solicitaron del jefe político del departamento permiso para sacar á la calle una procesión, cosa prohibida por las vigentes leyes de reforma. Negósele; pero por la noche sacaron sin autorización la procesión llamada del Olivo.

La autoridad les exhortó á que tomasen el ídem, volviéndose á la iglesia, y como no le obedecieran, envió la fuerza federal para disolver la reunión.

Como mansos católicos recibieron á los soldados á pedradas y balazos, por lo que éstos se vieron obligados á hacer uso de las armas, matando á uno de los procesionantes é hiriendo á otro.

La procesión se suspendió, el santo quedó abandonado en mitad de la calle, y varios infractores de la ley pasaron á descansar á la cárcel; que no en todas partes quedan impunes las rebeldías de los católicos.

En la parroquia de Albiarca existía un Cristo bastante usado, propiedad de una cofradía, y ésta, de acuerdo con el cura, resolvió pintarle de nuevo. Al efecto, lo desclavaron de la cruz, y para bajarlo con más seguridad, le ataron una soga al pezcuezo.

En tal operación estaban cuando entraron varios devotos, uno barbero, el cual viendo á Cristo á punto de ser ahorcado por aquellos sayones de hermandad, empezaron á dar tales gritos de dolor, que el cura tuvo que ponerles de patas en la calle.

Bien hecho. ¿A ellos qué les importaba? El Cristo era quien tenía la soga al cuello, y cuando no exhalaba una queja, ¿á qué venían tales jeremiadas?

Con la formalidad que le caracteriza, dijo el *parrocetáceo* de Barbará á sus feligreses que este año va á ser mala la cosecha de uvas, porque el día de la Santa Cruz no habían ido á la iglesia y él sólo había bendecido su viña.

Pues que se fíe de sus bendiciones y no imite á los vecinos que aprovechan el tiempo que perderían en la iglesia cuidando sus vides, y verá si en las suyas cae la impía filoxera ó el herético mildew y no le dejan ni vino para celebrar una mala misa.

Desengáñese: el trabajo vale más que todos los cortes de mangas sacerdotales, y en viticultura el sulfato de cobre más que el agua bendita.

El *sotana* de Castejón de Sobrarbe (Huesca) es una enciclopedia de profesiones: ejerce de cura, alcalde, juez, secretario, cacique, jefe político, y que sé yo cuántas cosas más.

Y no para ahí su actividad prodigiosa. Aún le queda tiempo para perseguir por todos los medios á los médicos del partido que no se doblegan á sus caprichos.

Me parece que no se puede aprovechar mejor el tiempo ni entrometerse en más cosas que no deberían importarle un comino.

Los curas de Cazalla de la Sierra utilizan el anarquista petróleo para iluminar su iglesia.

Razón tenía el amigo Manterola en sus épocas de furor carlista: *Don Carlos ó el petróleo*, decía, y, por lo visto, los *sotanaoides* de Cazalla, perdidas las esperanzas de ver al *Chapa*, se contentan con la segunda parte del dilema.

Por equivocación hablamos en el *Suplemento* al número 21 de un suceso ocurrido al cura de la Arrebolada en la Fábrica de Trubia, siendo así que fué en la de Mieres.

Conste, y á otra.

PALOS Y PEDRADAS

En Orbigo (León) ha fallecido el consecuente librepensador D. Higinio de Vivar.

En cumplimiento de su última disposición, fué enterrado sin asistencia de clérigos y en una viña de su propiedad, por no haber en el pueblo cementerio civil.

Ni ayuntamiento que lo mande construir para evitar escenas semejantes, ni autoridades en la provincia que le obliguen al cumplimiento de la ley.

Y dicho esto, añadiremos un detalle interesantísimo: Dicho señor era viudo y vivía con una criada, casada, pero separada de su marido. Cuando estaba de suma gravedad, se presentó en su casa el *cleripopótamo* aconsejándole que se confesase.

Porque le dejase en paz y se largara pronto, accedió á ello, y lo primero que hizo el de las hopalandas fué mandarle que despidiese á la criada.

No entrando esto en los cálculos del enfermo, se excitó tanto con la exigencia, que perdió la razón, no recordándola en los pocos días que sobrevivió.

No se puede negar la benéfica influencia que ejerce un cura á la cabecera de un enfermo, ni la necesidad de rechazar estaca en mano á todo clérigo que intente acercarse á un moribundo que nada quiere con él.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Se ha puesto á la venta en las principales librerías la última obra del insigne escritor italiano Edmundo de Amicis, traducida por nuestro compañero en la prensa D. H. Giner de los Ríos, constituyendo el tomo 17 de la colección denominada «Obras de Amicis.»

Titúlase *En el Océano, viaje á la Argentina*, y en Italia ha sido tal el éxito alcanzado, que en los diez primeros días de venta se han agotado las diez primeras ediciones. Este libro era esperado con verdadera ansia en España entre los entusiastas del autor, tanto por el interés que despiertan todas sus obras, cuanto por referirse á un asunto de tan capital y palpitante interés, dado el problema de la incesante emigración á América.

Va precedida la edición castellana de una carta-prólogo escrita por Amicis al Sr. Giner, muy afectuosa y galante para todos los españoles y especialmente para los madrileños, revelándose en ella el talento, la gracia y la brillantez de estilo del primero de los literatos contemporáneos italianos.

Consta el tomo de 460 páginas en 8.º mayor, de esmerada impresión y buen papel, apareciendo en la cubierta un lindo retrato de Amicis, fotograbado de Laporta, y cuesta el dicho volumen *cuatro pesetas*.

Se ha puesto á la venta en las principales librerías, al precio de *seis reales*, el tomo 18 de la *Biblioteca Andaluza* que dirigen los Sres. Carrión y Giner de los Ríos.

Titúlase este volumen *Discursos académicos de Ríos Rosas*, y contiene además otros trabajos del ilustre hombre público, unos curiosos, por referirse á importantes momentos de nuestra historia política, otros muy bellos por ser estudios literarios del célebre orador, y todos en fin interesantes por pertenecer á tan señalada personalidad. Este es el segundo tomo de Ríos Rosas que publica la *Biblioteca Andaluza*, y es de suponer y de seguro obtendrá igual éxito que las *poesías* del mismo autor, cuya obra se halla totalmente agotada.

Almanaque Guía de *Las Noticias* para 1889.

Este volumen, regalo que el citado importante periódico malagueño hace á sus suscriptores y anunciantes, contiene, además del santoral, importantes artículos, poesías, humorísticos dibujos, la guía de Málaga y su provincia y diversidad de noticias útiles.

EN PRENSA

GARROTAXO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

RETRATO

DEL

BRIGADIER VILLACAMPA

EDICIÓN DE LUJO

EN TRES TONOS Y EN PAPEL CARTULINA

Precio: una peseta.

Los señores corresponsales y suscriptores de EL MOTIN lo podrán obtener con la rebaja del *veinticinco por ciento*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.